

## Semblanza y Elogio del Padre Félix Restrepo

Por el P. Carlos E. Mesa, C.M.F.

Desde el corredor alto de la casona campestre de San Claver, asentada en un rellano de los declives andinos, tierras abajo del Tequendama legendario, se divisa un ancho, disparejo, luminoso panorama.

Es grato acodarse sobre la baranda, que exornan enredaderas profusas, pasear las miradas y echar de vuelo el alma por esas vastedades y honduras del horizonte inconmensurable. Al medio día veraniego, bajo un sol de gloria, la casona, entre un espeso batallón de árboles, se arropa en silencio, mientras a lado y lado vigila la crestería de los Andes, que se van abriendo en ángulo y en descenso hacia las hondonadas del patrio Magdalena.

El terreno es quebrado y su geográfica tapicería es multicolor, aunque dominada por los azules del cielo y de las lejanías y por la gama de los verdes vegetales.

A ratos, el joven de dieciocho años —dieciocho años, Dios mío! y el alma enjamburada de inquietudes y de ensueños— apostado en el corredor, de frente a lontananzas neblinosas, percibe las tufaradas de los árboles frutales, los aromas errantes y súbitos de limonares y piñuelas o el revoloteo juguetero de los pájaros más lindos o de los colibríes enjamburados y diminutos que vienen a libar en las flores de la enredadera doméstica, suspicaces de su belleza y de su libertad. La tarde y el anochecer bajan sobre la casona veraniega y montañesa con una majestad de abrumadora poesía.

En la cordillera esfumada y morenecida ve uno parpadear los collares de luz de los pueblecitos remotos, mientras allá, en el cielo hondo, empieza su desfile lentísimo la más limpia estrellería. En cambio, la noche se puebla del rumor intenso de la vegetación tropical y el muchacho oye atemorizado la orquesta polifónica que el viento levanta de los cafetos, de los guamales y de las anchas hojas de las sonantes bananeras.

---

NOTA.—Discurso leído por su autor en el acto de posesión como individuo de número de la Academia Colombiana de la Lengua, el 18 de noviembre de 1966, y cedido especialmente para la Revista de la U.P.B.

Hacía ya años que el estudiante de negra sotana y sus compañeros de clerical milicia no habían dejado la primavera sempiterna de la altiplanicie de Bogotá. Y ahora estábamos viviendo ahí, gozosamente, con el alma joven toda abierta, desplegada y vibradora, el reencuentro con el trópico y sus generosas dádivas de luz, de sonidos, de panoramas y de frutales.

Y sucedió que uno de aquellos días de San Claver, el muchacho de los dieciocho años, observó desde el balcón de sus visiones demoradas y paladeadas, que dos jóvenes sacerdotes aparecían ante la casa saliendo de la sombra de los follajes exuberantes. A poco, el grupo claretiano rodeaba a los dos visitantes jesuítas, dueños de la casona y autores de hospedaje tan jubilosamente aprovechado y siempre agradecido. Treinta muchachos, agrupados en el corredor alto de San Claver, puesto el atento oído, seguíamos sin respirar la exposición amena, sugestiva, iluminadora de este amable visitante, famoso ya en la hacienda y en los quehaceres de la cultura colombiana.

Era una delicia oír a este hombre que nos tenía cautivados con su amplia cultura, con el relato sabroso de sus observaciones y experiencias de viajero, con sus informaciones sobre las universidades alemanas, sobre los literatos españoles o los avances de la filología. Uno, al escucharlo, captaba en el posarse de sus palabras una calidez penetrativa, un poder indefinible de persuasión. Uno sospechaba en este sacerdote una maravillosa capacidad para aplicar a la vida sus conocimientos y para capitanear equipos de jóvenes ambiciosos, inquietos e idealistas. Félix Restrepo se nos perfilaba como un profesor de energía y un conductor de varones eficaces.

Acosado de problemas, fatigado de lecturas, ese día de julio de 1934, había dejado su celda de San Bartolomé y había venido a saturarse de luz, de aires limpios, de campestre sosiego; a saludar con la antigua y linajuda cortesanía ignaciana a los huéspedes claretianos de San Claver.

Félix Restrepo, entonces en la plenitud dorada de sus cuarenta y siete años, dejaba la impresión de una vida centrada en su misión, de un salubre optimismo cristiano, de una cálida simpatía que invitaba, sin decirlo, a las empresas altas y a los vuelos de cumbres.

Ahí estaba entre nosotros, docto, erudito, síquicamente equilibrado, antioqueñamente campechano, contagiosamente optimista, no infatuado por sus triunfos en la extranjería, soñador de altos destinos para la Colombia de sus antepasados y de sus amores a irradiante de afabilidad y de mesurada euforia.

Aquello fue para nosotros una revelación.

El hombre grande —y éste lo era y nos parecía— puede a liar alturas con benevolencia, seriedad de empeños con gracia de comunicación, sabiduría con sencillez, inmóvil reciedumbre de ideología con aperturas de cristiana caridad.

A la hora del regreso, que él, por demandas de apetecida excursión, quiso hacer a pié hasta las cercanías del Tequendama, fuimos varios los que porfiamos en acompañarlo hasta el arranque mismo de un camino que desde esa hondonada de cafetos y cañamelares trepa serpenteando hasta empalmar con la carretera del Salto. No recuerdo bien

si ese camino, rayado en la pendiente de la montaña, se llama "El Tirabuzón" o si lo bautizó así la hipérbole de alguno de mis compañeros.

De nuevo, en la charla del Padre, acuciada por la juvenil preguntadera, afloraron los recuerdos sabrosos: sus cartas con Marco Fidel, sus estudios por tierras de Castilla y de Alemania, su profesorado en Bucaramanga y hasta una noticia curiosa sobre el primer colombiano, discípulo suyo, que inauguró la malhadada costumbre de suicidarse aprovechando la cascada y la gloria del Salto de Tequendama.

Dicho el adiós y firmada así una amistad que perduró hasta la muerte nos despedimos de Félix Restrepo y retornamos a San Claver por nuestro camino, sombreado y refrescado por frondosos ramares y acribillado entonces por la irrefrenable garrulería de las incontables e invisibles chicharras del medio día tropical.

Ya de vuelta, comentando la visita del jesuíta famoso, decía uno de los compañeros:

—Cuando seamos viejos podremos decir con orgullo y dándonos cierto postín: —Yo, en mi lejana juventud, conocí al Padre Félix Restrepo.

Estas palabras las profirió mi amigo en julio de 1934. No sabía él, no podía siquiera imaginarlo, que dos años más tarde, en ese mismo mes de julio, pero ya bajo los soles estivales de Castilla, en los campos famosos de la Mancha, él sucumbiría tronchado por las ráfagas de unas metralletas marxistas. El no llegó a viejo, pero, por designios del cielo, llegó a mártir, que es más apetecible. Y ahora es uno el que, tomando su palabra y cumpliendo su vaticinio, puede decirnos, señores académicos:

—Hubo una mañana de mi vida en que yo alterné con un sabio y con un mártir.

De Jesús Aníbal Gómez, testigo de sangre, me perdura imborrable el recuerdo de su alegría casta, de su juventud prometedora, de su obediencia a Dios, de su lealtad a Cristo rubricada con sangre en el supremo testimonio. En cuanto a Félix Restrepo, yo no sabría declararos porque mi remembranza evocadora, en esta noche, lo liga con preferencia, no a su Javeriana soberanamente amplificada para magisterio de Colombia; ni a sus libros, ánforas bellas de pensamiento y de dicción; ni a sus magistrales actuaciones en congresos internacionales, sino a este encuentro primero en el rincón veraniego de San Claver, cuando uno llevaba alucinadamente un corazón nuevo, una inteligencia en surcos, una colmena de ilusiones bellas y el divino tesoro de solos dieciocho años, impacientes por entregarse a las más arduas y nobles servidumbres.

No me preguntéis, señores académicos, el por qué de estas asociaciones síquicas difícilmente explicables pero dignas de respeto. Fue, quizás, que hubo entonces el interior y tal vez no formulado reconocimiento de una sintonía de almas y de ideales: Dios, Colombia, la lengua castellana. O fué también que uno encontró —sigue encontrando hoy mismo— una deliciosa, llana, lograda asimilación entre la casa veraniega de San Claver y la vida entera del Padre Félix Restrepo: porque en ambas hay exuberancia, claridad de sol y anchura de horizontes. Gozo de fructificar, gozo de iluminar, gozo de contemplar. Tropi-

cal cosecha de inteligencia, espiritual dádiva de luz, pedagógico abanico de caminos y de vuelos innumerables.

Así entendió y se trazó su vida, tempranamente y hasta sus postrimerías, el Padre Félix Restrepo y así la consumó, con lujo de espirituales artesanías.

Quién le iba a decir a uno, en ese remoto julio de 1934, que a la vuelta de 32 años, el discípulo humilde, el admirador sin altibajos, el eventual compañero de andanzas madrileñas, había de venir, en este homenaje solemne que hoy le rinde la Academia Colombiana, a pincelar la peripezia de su héroe, a reseñar sus escrituras, a enaltecer sus merecimientos y lo que más abruma a ocupar su sillón, hoy vacante, que fue, por obra y gracia de los predecesores, cátedra de pulcritud, de virtudes y de sabiduría.

A este sillón, que me ha señalado vuestra benevolencia, me preceden, para íntima confusión, para justificable complejo, para estimulante impulso, dos sombras de alto ejemplo, venerandas e inmortales; dos príncipes de la lengua castellana y artífices de nuestra mejor historia: Marco Fidel Suárez y Félix Restrepo, de quienes por supremo encarecimiento pudiera decirse: **Nomen elogium**, porque, a la verdad, entre varones cultos de Colombia nombrarlos es alabarlos.

Podéis imaginar, señores académicos, el íntimo y casi acomplejante agobio con que hoy llego a sucederlos; la fruición transida de perplejidades y desconfianza con que me dispongo a cumplir vuestro mandato de glorificar, con la levedad de mis palabras, la heroica y multifacética figura del Padre Félix Restrepo y el recelo que me sobrecoje al incorporarme a este cenáculo en que nuestra señora la lengua de Castilla recibe mimos y caricias, cinceladuras y orfebrerías de los más egregios letrados de Colombia.

Hace semanas —desde que me sorprendió vuestra inesperada designación— vengo yo preguntándome en la intimidad del alma, el por qué de este nombramiento y la manera sencilla y elegante de daros las gracias.

En realidad, si uno atisba a la redonda por todo el horizonte de la cultura colombiana le es fácil tropezar en seguida con veteranos y aventajados cultivadores de las letras, merecedores del más alto galardón académico. Pero uno se da a cavilar y suponer que vosotros, al fijar los ojos en el escritor de provincia, habéis pensado en la línea antioqueña del sillón P. solo ocupado hasta ahora por dos hijos —y ellos eminentísimos— del valle de Aburrá; habéis pensado en la gavilla de misioneros claretianos que a lo largo de más de media centuria han quemado sus vidas por Cristo y por Colombia; habéis pensado en la presencia de la Iglesia en esta Academia de la que se han ausentado en los últimos años sacerdotes de tan holgados haberes y tan limpias ejecutorias culturales como Daniel Restrepo, Uldarico Urrutia, Eduardo Ospina y Alvaro Sánchez, cuya presencia nos hace falta y cuyas obras nos siguen tan presentes.

Si así lo hacéis acordado, está bien, señores académicos.

Uno se doblega sumisamente a vuestra voluntad y quiere que el haz de lumbres que habéis proyectado sobre la minucia de mi nombre y la insignificancia de mis escritos se desparrame como cascada de

luz sobre mis entrañables rincones solariegos del Suroeste de Antioquia; sobre el Instituto Claretiano de Colombia al que puedo decirle con el poeta Horacio a su inspirador Melpómene:

“Totum muneris hoc tui est,  
Quod placeos, si placeo, tuum est...”.

Y finalmente sobre el clero de Colombia que anduvo siempre madrugador y adelantado en las más exigentes faenas de la fe, de la cultura y del patriotismo.

Y para daros las gracias sólo me queda recurrir a la fórmula tan acertada, introducida entre nosotros desde Francia y España por Monseñor Rafael María Carrasquilla cuyo nombre —lumbrarada de gloria—, rafaguea todavía sobre esta Academia Colombiana. Lo que una vez fue bien dicho no admite ajenos retoques y el plagio no es recusable ni vituperable si honradamente se le pida permiso al dueño y se perpetra a la vista de todos. Por eso, mis amigos y colegas de la Academia: os agradezco que me hayáis hecho académico de Colombia y que me hayáis designado en reemplazo del Padre Félix Restrepo. Dios os pague la benevolencia; Dios os perdone el yerro.

### **Hoja de vida y estudios**

Para configurar a un hombre —y más si es grande— hay una misteriosa confluencia de factores lejanos y designios supremos. El Padre Granada dijo lindamente que nuestras vidas son hiladas en el telar de los cielos, más arriba de las estrellas; pero los hilos —añade uno— son de esta tierra.

Félix Restrepo fue antioqueño de prosapia, medellinense de cuna, bogotano de adopción, jesuita por elección, español de casta y de estudios, humanista por aficiones e influjos, pedagogo por interiores apremios, cristiano y sacerdote por la gracia de Dios.

Nada sucede al acaso; todo se dispone desde arriba con designios de caridad y todo coopera para nuestro bien cuando se ama a Dios.

En la personalidad poderosa, en la obra vasta y perdurable de Félix Restrepo hay trazas y energías de su raigambre montañesa, de la cortesía bogotana, de la rectitud de Castilla, de la ignaciana *Ratio studiorum*, del impregnante aroma que deja el trasiego de los clásicos helénicos y latinos; de la espiritualidad vigorosa de la Compañía de Jesús y de la elevación que confieren la gracia del bautismo y la unción del sacerdocio. Todo ello fue siembra divina; pero todo ello, como la semilla del Evangelio, cayó sobre tierra gruesa, sobre surcos esponjados, sobre un natural de las mejores calidades humanas y la más generosa colaboración personal.

Fue Restrepo y fue Mejía. Descendió de la tribu bíblica de Alonso López de Restrepo, padre de muchas gentes, autor de progenie innumerable como las estrellas del cielo o las arenas de la mar. El es de los grandes de la gloriosa Restrepería, cordillera humana que levanta sus farallones altaneros con José Félix el educador; con José Manuel y los varios y conspicuos de su apellido que cultivaron la historia y la investigación; con el Larra colombiano que se firmó Emiro Kas-

tos, el mesurado presidente Carlos E., el cervantino hidalgo Antonio J., el cuentista jericano José, los dos ignacianos Juan María, el latinista y polígrafo Daniel, el obispo Manuel Canuto, el humanista oxoniense José María; Don Gonzalo, el pensador de “los círculos concéntricos” y el lingüista Don Roberto, que nos iluminó esta Academia. Entre ellos y otros numerosos de imposible reseña, no menor en la gloria, descolante por el saber, la austeridad y los servicios a la Iglesia, se levanta, como el ciprés sobre los juncos, Juan Pablo Restrepo, progenitor del Padre Félix y cuya semblanza fue troquelada con soberana acuñación de romanos perfiles por la pluma buída de Marco Fidel Suárez.

Si del Padre Restrepo hubiera poco qué contar y el tiempo de este discurso fuera elástico y prolongable, uno se entretendría de buena gana en ponderar la catoniana y cristiana grandeza del padre para extenderla a su hijo; pero el Padre Félix es tarea para extensa biografía y se basta a sí sólo con propios y sobrados merecimientos. Ceda, pues, Juan Pablo a Félix y que se opaque el padre, aunque merecedor de encomios, para que el hijo resalte con más netos perfiles.

Por la línea de la madre fue Mejía, también de Mejías esclarecidos en el solar de Antioquia y en las crónicas del país. Baste evocar el nombre de Epifanio, el poeta de “Crepúsculos y Auroras”, el cantor bucólico de “La Tórtola” y de “La Muerte del Novillo”, el que emuló con Gutiérrez González en interpretar el alma de su gente y el que en el canto del antioqueño rima, es verdad, los anhelos de la libertad y el empuje de las revueltas lanzas contra los amagos de la tiranía, pero se aetiene mucho más en expresar el gozo del retorno a la vida apacible del hogar en los repliegues de la montaña.

Estudiando la obra literaria del Padre Félix el sicólogo descubriría en él más bien la preponderancia del genio de Juan Pablo que del poeta Epifanio; más la línea recta, sobria y austera de la paterna prosa, que la imaginativa, cordial y correntía del trovador antioqueño.

Del Padre Félix nos quedan unas deliciosas páginas de autobiografía: “No fuí estudioso en los años de mi niñez, la cual pasé correteando por los potreros de la sabana de Bogotá. Trece años contaba ya cuando entré interno en el Colegio de San Ignacio de Medellín donde estudié los tres primeros años de bachillerato y donde empezó a despertarse en mí el sentido de responsabilidad ante la vida. Todas las materias que estudié me fueron fáciles. El ejemplo de mis maestros influyó en mis resoluciones, mostrándome cómo puede emplearse la vida en una noble empresa apostólica; y a los dieciseis años entré en la Compañía de Jesús”.

Vienen luego, para el Padre Restrepo, los años de formación jesuítica y sacerdotal: Bogotá y su noviciado con la ascesis ignaciana de reconocida reciedumbre; Oña de Castilla y de Burgos con sus venas anchas, purísimas y hábilmente canalizadas de cristiano humanismo; con sus añejos griegos y latines y el solariego castellano, nunca tan bien sonante como en las tierras nutricias de Mio Cid Campeador; Walkenburg de Holanda, con su filosofía perenne, de milenario tronco tomista y vigorosos ingertos suarecianos; y nuevamente Oña, para la **consumación de los estudios teológicos** y la dádiva suprema del sacerdocio en que uno le entrega a Cristo la vida con su carga de juveniles ilusio-

nes, unas tronchadas para siempre y otras florecientes para el servicio de la Iglesia; y Cristo a su vez, le entrega al sacerdote su Cáliz de Sangre Divina, su palabra que engendra milagros, sus poderes envidiados por el ángel y el campo dilatado de los viñedos y los trigales de mi Dios.

De 1912 a 1915, interrumpidos según madura tradición ignaciana los estudios eclesiásticos, Félix Restrepo ejercita el magisterio en el Colegio San Pedro Claver de Bucaramanga. Para 1923 ya ha obtenido los doctorados en Filosofía y Teología por la Facultad de Oña y el de Pedagogía en la Universidad de Munich; luego reside en Madrid como colaborador de **Razón y Fé** hasta 1926 y allí, en reconocimiento a sus artículos pedagógicos publicados en **El Debate** recibe el nombramiento de Consejero Real de Instrucción Pública hasta que en ese mismo de 1926 Colombia lo reclama y el Nuncio de Su Santidad, Monseñor Paolo Giobbe, obtiene del General de la Compañía que el Padre Félix permanezca en su patria, hecho ya —y esta vez para siempre— el bíblico candelabro de muchos brazos encendido sobre la montaña para maestrazgo de sus connacionales.

Después fue director de la Juventud Católica de Bogotá, Prefecto de Estudios en los Seminarios de la Compañía, Cofundador y Rector de la Universidad Javeriana, iniciador y director de su Revista, Presidente del Instituto Caro y Cuervo, Director de la Academia Colombiana, miembro de incontables instituciones nacionales y extranjeras, hombre de pluma, de acción y de consejo. Su tarea fue magisterio; su vida, plenitud; su nombre, legión.

### El pedagogo

Dijo alguna vez Henry Bergson que la doctrina de cada filósofo podría reducirse, en lo que tiene de personal originalidad, a una intuición matriz, y ésta revelarse y cifrarse en unas pocas palabras o tal vez en una sola.

Félix Restrepo, tocado por Dios para una hacienda culturalista de amplísimos alcances, recibió su iluminación y su intuición matriz en Oña de Burgos.

“Durante mis estudios de teología, que hice de 1916 a 1920, pensé seriamente en la orientación que debía dar en adelante a mis actividades, y siguiendo el primitivo impulso que me había traído a la Compañía de Jesús, resolví, de acuerdo con mis superiores dedicar mis energías a la educación de la juventud; no me atraía tanto la pedagogía que podemos llamar individual o arte para educar y perfeccionar a los individuos, sino más bien, su aspecto social, como ciencia para transformar las sociedades. De aquí mis frecuentes incursiones en el campo de la psicología y mis varios escritos en diversas épocas sobre la organización de la instrucción pública. En ese plano es más eficaz la labor del escritor que la del maestro”.

En los transfondos y en el subsuelo de toda la gigantesca obra del Padre Restrepo se esconde dinámica, palpitante e impulsora la intuición matriz que él, dócil y tenaz, fue convirtiendo en realidad de permanente y vital magisterio. Se ha dicho que toda vida grande no

es más que el cumplimiento de un ideal que avasalló la juventud. Félix Restrepo, signado por Dios para la pedagogía, se aparejó primeramente con las disciplinas universitarias de Alemania donde remató su madura tesis, escrita en alemán y laureada en la Universidad de Munich. Luego puso a rendimiento su saber con sus colaboraciones sobre el tema en **Ramón y Fé** y en **El Debate** dirigido por Don Angel Herrera, hoy Cardenal de la Iglesia, desde cuyas columnas libró denodadas campañas por la reforma de la organización escolar española, aquejada entonces de grave monopolio estatal; finalmente, ya en Colombia, con sus celebradas “Glosas al proyecto de reforma instruccional” propiciada por la misión alemana de 1925.

Establecido definitivamente en Bogotá, fundó la casa del estudiante católico y con esto “la Providencia —escribe el Padre Restrepo— me acercó a la máxima realización de mi vida, la Universidad Javeriana”, por cuya restauración trabajó sin conocer el descanso ni temer la fatiga. A ella estuvo consagrado con alma y corazón por espacio de 18 años: nueve como decano y nueve como rector. Fué la Universidad Javeriana, en nuestros días, la primera que recibió en Colombia el título de Pontificia y el país entero conoce lo que ella representa como hogar de cultura cristiana.

Ya en el siglo pasado, merced a la iniciativa de Monseñor Juan Bautista Agnozzi, tomó cuerpo el proyecto de crear en Bogotá una universidad católica colombiana a la cual prestaron el apoyo de sus luces Don Marco Fidel Suárez y Don Juan Pablo Restrepo, ambos tan ligados a la memoria del Padre Félix. Pero lo que no lograron consolidar el antecesor y el progenitor le quedó reservado al vástago incorporado a la milicia de San Ignacio. De suerte que él pudo apropiarse aquéllo del romance:

“De ninguno sea tocada,  
porque esta empresa, buen rey,  
para mí estaba guardada”.

Con la Universidad Javeriana —escribe el Padre Restrepo— “mis primeros ideales de dedicarme a la educación de la juventud quedaron realizados en una forma mucho más alta de lo que yo hubiera podido sospechar”. Fué el galardón del cielo a su obediencia a la intuición matriz.

Cuando se escriba algún día la historia de la pedagogía en Colombia, en el capítulo referente a los maestros que desde las tareas de la cátedra influyeron decididamente en la configuración del alma colombiana, junto a José Celestino Mutis, Rafael María Carrasquilla, José Vicente Castro Silva, Monseñor Henao Botero, o Don Agustín Nieto Caballero, el Padre Félix demandará espacio dilatado y encomios de justicia. Y no tan sólo por estas realizaciones estrictamente pedagógicas sino porque resultaría hacedero adscribir a este acotamiento de su personal vocación sus demás libros y textos, encaminados todos ellos a formar la mente y el corazón de los colombianos en las asignaturas de la lengua, de la religión o del patriotismo. En todos sus escritos hay pedagogía: como finalidad o como método. Solamente la modestia, que es propia del sabio y del cristiano, le impedirían al Padre Félix adueñar-

se de aquel grito eufórico que lanzó Lorenzo Valla, el famoso renacentista italiano: "Yo soy aquel que enseñé a mi pueblo dos mil cosas nuevas".

Si, achicando el campo, uno piensa en la pedagogía social, bien pudiera establecerse el paralelo entre el Padre Félix Restrepo y otro colega de nuestra Academia, tan modesto como laborioso, que en ancianidad fecunda sigue cubriendo de luz a Colombia en la fraterna España. Hablo del Padre Rodolfo Fierro Torres, salesiano, autor del libro, varias veces editado, "**La Pedagogía Social de Don Bosco**" y de una galería de libros y folletos tan densos de normas educativas como deliciosos por la elegante sencillez de su prosa muy parecida a la del Padre Restrepo. **Arcades Ambo**. El Padre Félix y el Padre Rodolfo fueron condiscípulos en las aulas primarias de Bogotá y ambos son maestros de Colombia y ornamento de nuestra Academia.

### El humanista cristiano

En lo que va de siglo la Compañía de Jesús le ha dado a Colombia un equipo de humanistas de aquilatada alcurnia. Entre ellos sobresalen, para sólo citar a los muertos, el Padre Uldarico Urrutia, autor de "Los Nombres de María" y de otros libros esmeradamente redactados, el Padre Daniel Restrepo y el Padre Félix.

Nacida la Compañía de Jesús en la coyuntura del Renacimiento y de la Reforma no pudo sustraerse a los influjos y las reacciones de esa crisis total del pensamiento, tan semejante a la que hoy mismo estamos atravesando y padeciendo. Martín Lutero reprochaba amargamente a Santo Tomás de Aquino el haber saqueado a Aristóteles para paganizar el Evangelio y corromper el cristianismo. Hubo entonces lo que Monseñor Castro Silva estudió en páginas de penetrante sagacidad y de estellante belleza: los dos humanismos: el pagano y el cristiano. El de la Reforma y el de la Contrarreforma, si bien es cierto que esta última la consumaron los santos más que los humanistas y que a ratos la Iglesia, en sus tácticas de estrategia defensiva y por instinto de conservación frente a los cercos insidiosos de los reformadores, se atrincherraron como en una plaza fuerte erizada de anatemas. Pero amaneció por fin un día en que la paz se hizo en los espíritus rectos y el humanismo cristiano fué considerado como escudero de la contrarreforma. "Hubo en la Iglesia —dijo certeramente Henri Bremond— una contrarreforma; pero no hubo, ni podía, ni debía haber un contrarrenacimiento".

Los jesuitas no anduvieron extraños al fecundo acercamiento entre las humanidades, "*Humaniores Litterae*" y la defensa de la fé. Ellos, en hora providencial, sirvieron de puente entre el humanismo y la reforma católica. Su método formativo —cifrado en el monumento pedagógico de la **Ratio studiorum**— aprovechó los logros de la pedagogía antigua y cosechó las más puras y limpias creaciones de la gentilidad greco-romana para formar a los modernos servidores de la Iglesia y militantes de Cristo. Marco Fabio Quintiliano fue preceptor de jesuitas y de erasmianos.

El latín de los primeros jesuitas tiene el andar, el aroma y la acicalada hermosura de los más atildados renacentistas. Ellos se asimi-

laron a Cicerón; ellos anotaron y calcularon a Virgilio y hasta en nuestra América, todavía no sujeta a la coyunda amorosa del Evangelio, ni a las lecciones de la cultura española, el Padre Landívar cantaba en hexámetros las frutas del trópico y las molindas de los campesinos de Guatemala y el Padre Anchieta desahogaba sus amores a la Virgen María escribiendo, con un bastón, a falta de papel y de pluma, irreprochables y fervorosos dísticos latinos sobre las playas arenizas del Brasil.

El humanismo cristiano es, ante todo, un método, una voluntad, un espíritu. Un método de asimilación y de formación, una voluntad de belleza, un espíritu de mesura y de optimismo. Es un retorno a las fuentes que, para unos, significó la asimilación sin discernimientos de todo el legado de la antigüedad pagana, lo mismo fuera la forma bella que el ideal de exaltación naturalista, y para otros significó la conquista de la perfecta expresión pero hermanada con la ideal explicación de los métodos humanistas a los textos sagrados, a las lenguas originales de la Biblia, a los escritos genuinos de los Padres, a los datos y monumentos de la antigüedad cristiana. En tal sentido los jesuitas, fieles a sus métodos tradicionales, lograron apropiarse las armas con que los novadores amenazaban el castillo del dogma, y sometieron a Cristo, gallardamente, esa erudición, esa filología y esa belleza formal que fueron espigando en sus estudios de lo añejo hasta reconciliarlas con la Iglesia y con el espíritu del Evangelio.

Cumplieron así la consigna: **Christum ex fontibus praedicare**, que pregonaba el Erasmo, el humanista, cuyas páginas le congelaban el corazón a Ignacio hasta el punto de que “a la fin, como escribe deliciosamente el Padre Ribadeneyra, echó de sí el libro **“Del Mfite Cristiano”** y cobró con él y con las demás obras de este autor tan grande ojeriza y aborrecimiento que después jamás no quiso leerlas él ni consintió que en nuestra Compañía se leyesen, sino con mucho delecto y mucha cautela”.

El humanismo cristiano escapó a los contagios del paganismo porque en los bellos libros de la antigüedad no reconoció la última palabra de la filosofía o del saber sino solamente la primera, el preámbulo a la inteligencia de los libros santos. La sabiduría y la belleza antiguas en sus más altas expresiones fueron pedagogas y conductoras hacia Cristo. El cristianismo es el remate y la cúpula del helenismo; es la salvación, por vía de trascendencia, y la integración prudente de los más nobles valores del humanismo pagano. Solamente por el cristianismo se realiza la plenitud de las más hondas aspiraciones del hombre de siempre. Toda la historia del cristianismo es una lucha por mantener el concepto del hombre perfecto, divinizado en su cuerpo y en su alma por la vida interior de la gracia, según el modelo del Hombre-Dios.

Surge así un ideal de equilibrio, de perfección y de plenitud contra las doctrinas antihumanas que pretenden angelizar al hombre o mostrar una oposición irreductible entre el alma y el cuerpo o deprimir la naturaleza del hombre considerándola como irremediablemente viciada y corrompida en sus más hondas raíces.

El humanismo cristiano ha evolucionado hacia la síntesis armónica de la sabiduría antigua y de la caridad cristiana. Triunfó en el

Concilio de Trento con los decretos sobre la naturaleza humana, que tanto maravillaban al pensador español Ramiro de Maeztu, y hasta a-floró en las normas tridentinas sobre el arte religioso, influidas, según Bremond, por el fantasma friolento de Erasmo que vagaba por las salas del Concilio.

Allí donde se implanta y florece la Compañía es visto gallardear y florecer el cultivo de las humanidades. Así lo comprueban, por lo que atañe a este país, las investigaciones de nuestro docto colega José Manuel Rivas Sacconi, en su erudita obra "El Latín en Colombia" y los volúmenes densos de documentación que el Padre Pacheco está dedicando a la historia de la Compañía en Colombia.

El Padre Daniel Restrepo fue entre nosotros espejo de humanistas cristianos. Como los eruditos del Renacimiento dedicó asiduas vigili-as al reconocimiento, la depuración y la publicación de las fuentes históricas de la primitiva Compañía, particularmente de los Padres Bobadilla, Ribadeneira y Polanco; cultivó con facilidad los más variados géneros literarios: poesía, cuento, crónicas, biografía ascética, crítica histórica y literaria. Son notables sus estudios sobre aquellas dos joyas de la sonetería castellana: "No me mueve mi Dios para quererte" y "A vos corriendo voy, brazos sagrados". Descolló, como nadie tal vez en Colombia —sin contar a Miguel Antonio Caro— por su copiosidad y elegancia en el cultivo de la poesía latina. Son las suyas, odas sencillas, perspicuas, llenas de dulzura y de espontánea fluidez. Revelan más el magisterio de Horacio que el de Virgilio. Año-so como los cedros del líbano, venerable como los patriarcas antiguos, alcanzó a vivir cerca de un siglo y aún más que por sus pre-seas de humanista resplandeció por sus virtudes de sacerdote y de religioso.

En el Padre Eduardo Ospina había del renacentista y del apóstol. Pocos serán en Colombia los que hayan disfrutado de una sensibilidad tan exquisita para vibrar ante las emanaciones y los hechizos del arte. El, en ocasión solemne, habló en esta misma Academia, de su viejo y fiel amor a la poesía, de los estudios clásicos de su juventud religiosa, de sus intensas meditaciones mientras estudiaba literaturas modernas en la universidad alemana, de su perpetuo e íntimo contacto con el Arte como belleza, como Historia, como Filosofía; de su mundo interior, cuyo molino rueda sin vagar y en el que habita una especie de demonio interior que desde la juventud posee, inspira y atormenta.

Una doble vertiente puede mirarse en la tarea literaria del Padre Ospina: la crítica de arte y la divulgación doctrinal y apologética, ambas realizadas con la más fina sensibilidad.

Su tesis doctoral sobre el romanticismo fue justipreciada por la autoridad del hispanista alemán Karl Vossler cuando dijo: "El mérito más característico de esta obra es no sólo de ciencia crítica sino de cultura general y reside en la muy hábil, comprensiva, diáfana y sencilla unión del criterio literario de un europeo y de un colombiano. Despierta una singular simpatía la forma elegante y discreta y la seguridad en el aprecio de los valores poéticos".

Desde las páginas de **Revista Javeriana** el Padre Ospina alzó una cátedra de educación estética del país y nos reveló aquellos cánones y aquellos secretos que facilitan la contemplación gustosa y pro-

vechosa de las creaciones eternas de la pintura y de la arquitectura, estudiadas por los métodos de la comparación y del contraste.

Pero sacerdote por encima de todo y como tal con funciones de magisterio, él se consagró a divulgar teología en páginas que saben aunar la transparencia expositiva con el temblor de lo vivido y lo sentido. Diría uno que consumó, dentro de nuestro ambiente religioso e intelectual, una hazaña mental semejante a la del francés Contenson con su “*Theología Mentis et Cordis*”, y que, aunque, humanista, y de los grandes, se situaba en el polo opuesto de Erasmo, ya que este hombre de gracias ligeras, de estiletos vindicativos y de irreverentes procacidades revolvió su ingenio para punzar y malherir a la Madre Iglesia, al paso que nuestro humanísimo apologista la ciñó y la atavió con adornos rebuscados por el amor y la sabiduría.

Junto al Padre Daniel y junto al Padre Eduardo, tal vez más bizarro que ellos, más caudaloso en las escrituras, más dinámico en las ejecuciones, más irradiante de juvenil euforia, surge este varón de deseos, caudillo de hombres y artífice de empresas que es Félix Restrepo en quien, al primer vistazo, sorprende uno ciertas notas que lo acreditan como singular humanista: la universal curiosidad de su inteligencia, su trajinar por el mundo de los antiguos clásicos, su atención a los fenómenos de la cultura moderna, su inalterable actitud de espiritual equilibrio y de cristiano optimismo.

Quien acuda a solazar el ánimo y enriquecer la mente, leyendo, por ejemplo, “*Astros y Rumbos*”, o “*Diálogos en otros mundos*” del Padre Félix quedará maravillado con la versatilidad de su ingenio, la opulencia de sus conocimientos, la multiplicidad de los temas y el señorío con que de todos discurre. Pocos hombres, como él, podrían apropiarse, dentro de lo decorosamente permisible a un sacerdote de esmeradas virtudes, el verso eterno del poeta Terencio: “*Homo sum et nihil humanum a me alienum puto*”. Hombre soy y nada humano me es ajeno...

El Padre Restrepo no achicó sus preferencias espirituales ni parcializó su espíritu. No perdió jamás de vista el último fin del hombre ni el ignaciano lema de la “mayor gloria de Dios”; tomó la vida muy en serio por lo divino y por lo humano; pero no desdeñó el moderado uso de las demás criaturas que están sobre la haz de la tierra... Le encantaban el deporte, el cine y la televisión y entendió que también con ellos y por ellos Dios podía y debía ser glorificado.

“Yo fui —escribe— el primero que enseñó a jugar fútbol en Bucaramanga y tracé el primer campo para este deporte en el Llano de Don Andrés. Pero me sobró tiempo para fundar, en compañía de los Padres Joaquín Emilio Gómez y Enrique Torres, la revista **Horizontes** y así salió a flote mi vocación de periodista que no me ha abandonado en toda mi vida”.

Ojeando su bibliografía se verifica que escribió con igual dominio sobre las leyes mendelianas de la herencia, sobre la relatividad einsteniana, sobre los temas y los prohombres de nuestra historia, los prodigios de la astronomía o los misterios de la subconciencia. Recuerdese su sagaz estudio acerca de la inicial y latente inspiración del poema “*La Luna*” de Diego Fallon. Dispersión intelectual que pudo serle

impuesta por las exigencias del periodismo, pero que le venía dictada desde adentro porque tenía refinadamente vibrátiles y captadoras las antenas del alma.

### El helenista

Fué todo un hombre, fué humano, fué humanista. Zambullido en las coyunturas de su tiempo no por eso apartó los ojos del hombre eterno y del mundo antiguo. “El humanismo —escribió en sus mocedades Ortega y Gasset— es sólo una función del clasicismo”. A uno le parece discutible el aserto. Porque en la raíz está el hombre y de ella florece el clásico. “Clasicismo —añadía— sólo hay uno; el clasicismo griego. Y los renacimientos serán siempre, forzosamente, un volver a nacer de Grecia, un volver a abrevarse en la energía perenne de las ruínas helénicas”.

De Grecia nos llegaron y perviven las categorías del pensamiento y las normas inmutables de la belleza, aplicadas después por la cultura de todos los pueblos occidentales. Pero sea como fuere, el Padre Restrepo, hombre tan de su siglo y tan de su tierra, sintió un atractivo irrefrenable por las creaciones helénicas, por su lengua que no es ruina ni muerte, y por su cultura que vive transfundida y fermentadora en las hablas, en las costumbres y hasta en las formulaciones de nuestra santa religión. Hoy mismo, cualquiera de nosotros, sin percartarse de ello, esmalta con vocablos griegos la más popular de las conversaciones; juzga, según los cánones de la estética griega, las hechuras del más joven artista y bautiza con vocablos helénicos los misterios que introdujo en el mundo el Evangelio.

Es cosa sabida que en París, allá por los años de la Compañía naciente se recelaba del estudio del griego como vehículo fácil de las novedades reformistas. Ignacio de Loyola, advertido de que muchos por darse al estudio de las letras griegas sin estar nutridos de teología, declinaban a insidiosas novelorías doctrinales quiso precaver a los suyos contra posibles y solapadas influencias de la culta herejía.

Qui graecizant, lutheranizant, decían por entonces en París.

Los jesuítas —sabiamente cautelados— acabaron entendiendo que la lengua griega favorecía el acercamiento a la palabra de Dios y al mensaje del Evangelio. El que heleniza, cristianiza. Y el Padre Restrepo, pudo añadir: El que heleniza, castellaniza.

Eso es lo que, en el fondo de las cosas significan sus tres obras: “La llave del griego”, “Raíces griegas” y “La cultura popular griega a través de la lengua castellana”. Fué este su inolvidable discurso de posesión en nuestra Academia y ésta contempló embelesada cómo el Padre Restrepo, argonauta de una ingente peripecia mental, usando con garbo su llave famosa iba sacando de su cofre y mostrando con amenidad y gracia los tesoros viejos y nuevos que él había ido acopiando en sus andanzas y navegaciones por el mundo prodigioso de la cultura popular helénica.

“La llave del griego” fué obra de juventud. De ella, como de su tratado de semántica, no fácil de superar, podría decir lo que Luis de León del milagro inmarchito de sus poesías: “Entre las ocupaciones de mis estudios en mi mocedad y casi en mi niñez, se me cayeron de

entre las manos estas obrecillas, a las cuales me apliqué más por inclinación de mi estrella que por juicio y voluntad”.

Recuerdo que en Madrid, hace diez años, el obispo Eijo y Garay, varón muy versado en diversas disciplinas, a la manera de tantos prelados del renacimiento, el día que invitó a su palacio al Padre Restrepo, por el cual demostraba verdadera veneración, le señalaba en los anaques de su biblioteca un manoseado ejemplar de “La llave del griego” y le decía:

—Lo estudié mucho hace años y lo consulto con frecuencia.

—Monseñor, decía el Padre modestamente, esa obra la hice de muchacho...

“Estudié humanidades en Burgos y me inicié en el oficio de escritor traduciendo la pequeña Antología de Maunoury, texto francés que me pareció útil para la enseñanza del griego. Más, al empezar en el célebre colegio de Oña mis estudios filosóficos, me encontré como condiscípulo a Eusebio Hernández, joven de talento poderoso, quien me inició en la lingüística indoeuropea y me propuso que, adoptando el texto griego de la Antología de Maunoury, desechásemos el resto de su obra como anticuada y compusiéramos una obra original. El se encargó de la segunda y mejor parte de ella, Etimología y Sintáxis. Yo tomé por mi cuenta el léxico y reuní en mi comentario, valiéndome sobre todo de los romanistas alemanes Diez, Walde y Korting, más de tres mil palabras castellanas derivadas del griego, cuyo sorprendente hallazgo cautiva a los alumnos y les facilita extraordinariamente el dominio de esta bella lengua”.

Lo que esta obra entraña lo dijo aquí con su lenguaje de castellana vestidura y vuelo anchuroso, el Doctor José Joaquín Casas, cuando recibió al Padre Restrepo en esta Academia.

“Es “**La llave del griego**” la primera obra castellana en que para facilitar los significados griegos se indica su derivación y orden semántico, y con mucha frecuencia se añaden al lado de las nuestras las etimologías griegas correspondientes del catalán, portugués, italiano, provenzal y francés, aquilatadas con el rigor de la lingüística moderna. Así, pues, este libro de nuestro compatriota, que en la versión y comentario del texto griego precisa con todo esmero los significados, corrigiendo a veces a insignes lexicógrafos, y escoge los términos más castizos suministrando además sinónimos castellanos, fija las delicadas leyes de las alternancias, adiestra en los principios de la etimología y derivación, inicia en el trato y manejo del verbo, ese hilo sutil y ondulante, ese mágico prodigioso del alma y de la voz, esa ágil anguila o camaleón centelleante del verbo griego, que la ciencia lingüística ha bregado tanto por aprisionar entre sus mallas; ejercita en el uso de las partículas y con todo ello nos lleva por la mano a penetrar los secretos de la sintaxis”.

### **El lingüista**

De Grecia y sus islas, desposadas con la luz, el Padre Restrepo navegó hacia las Costas de España, gratas a su corazón. De la lengua de Homero y de Platón a la lengua de Cervantes, de Teresa y de Marco Fidel.

Retorno a mis recuerdos. Es la mañana del lunes 30 de abril de 1956. Del palacio de la Real Academia, basílica mayor de nuestro idioma, en la madrileña calle de Felipe IV, salimos un día de primavera hacia Salamanca, la ciudad que hechiza los ánimos con su historia y su sabiduría. Se está celebrando el segundo congreso de academias, fiesta solemnísimas de primera clase para todos los fieles de la castellanía. En lujoso autocarro vamos atravesando la tierra de Castilla. Tramontamos el espinazo roqueño de Guadarrama, trepado por batallones de pinos y todavía blanqueado a trechos por parches de nieve tardía. Cruzamos la llanura decorada de trigales verdes, de encinares achaparrados, de aldeas grises y dormilonas. El Padre Restrepo va a mi lado. Observa, pregunta, comenta, España lo mantiene asediado de interrogantes. No es la España que él conociera en sus años juveniles, cuando la secular monarquía estaba atardecando. Era una España remozada que él reconocía con gozo y —me atreveré a decirlo?— con cierta sorpresa, como de quien debe atestiguar algo que le ha costado admitir.

A la hora del alzamiento nacional él contribuyó como pocos a poner una gran parte de la opinión colombiana del lado de las fuerzas anticomunistas; con sus dos libros "España Mártir", "España Anárquica".

Ahora, sencillamente y en forma impersonal, se limitaba a proferir:

—Se ha progresado ciertamente. Esta es una España nueva.

De paso por los pueblecitos castellanos, los mismos que uno encuentra en las acuarelas de Azorín, comentaba:

—De estas villas fueron a nuestra América hombres de hierro que eran labriegos y resultaron héroes; hoy mismo de estos pueblecitos quietos y silenciosos tenemos allá misioneros infatigables. Esta tierra es de una maravillosa fecundidad humana y espiritual.

El lápiz en la mano y el cuadernillo a punto, copiaba los avisos y títulos de ventas o almacenes que incitaban su atención de lingüista, cuidando de anotar el nombre de la población y de la provincia. Era el lingüista, atento a los fenómenos del idioma vivo. Recordaba uno a Don Marco Fidel Suárez que durante su excursión por Colombia, cuando se hizo presidente andarín o andariego, iba apuntando asimismo lo que en su conversación con los hombres del pueblo le parecía giro extraño, novedad reprehensible o arcaísmo sabroso.

La lengua castellana fue para el Padre Restrepo vocación de siempre. Fué desasosiego de sus primeras vigiliadas estudiosas, preocupación de su juvenil pedagogía, lucimiento de sus doctas publicaciones, académica inquietud de unidad para vinculación del presente con el pasado, de los pueblos filiales con la estirpe materna. De niño la estudió con tedio; de joven se prendó de sus raíces remotas y del alma de las palabras; ya maduro se dedicó a la defensa de su imperial destino y tuvo la predestinación de morir —cuando Dios quiso— mientras velaba por sus tesoros millonarios.

La producción lingüística del Padre Restrepo, dilatadora de su nombre y de su prestigio, lleva la nota de lo original y, para su tiempo, de lo nuevo y de lo revolucionario.

También de su "Diseño de Semántica" decía:

—Fue cosa de juventud.

Dios le otorgó la dicha de componer el mejor de sus libros cuando la vida no le había puesto nieves ni en la cabeza ni en el corazón.

De treinta años, Félix Restrepo estudia filosofía en Walkenburg de Holanda. Viajado, ambicioso de ideas, abiertas todas las puertas y las ventanas de su interior castillo a las luces de la cultura europea, capta con avidez los métodos científicos de la universidad alemana y piensa en el idioma nativo y en el misterio de las palabras.

La palabra tiene alma, tiene genealogía, cobertura, irradiaciones. Le circula savia por dentro, nace, verdea, se matiza, se diversifica, llega a envejecer, a morir, a quedar archivada como antigualla inexpressiva. Un día los eruditos la catalogan con sambenitos de acracica, anticuada, rara. El prosista, si la conoce, la rehuye; el pueblo no la entiende. Al Padre Restrepo le atrae "el alma de las palabras" Y compone su "**Diseño de Semántica**".

Pero él, tan sabio ya, sigue conservando la modestia. El saber, lejos de producirle vértigo y envanecimiento, le inspira desconfianza en lo propio y recurso a los entendidos. Acabado ya el **Diseño** en 1911, lo somete al criterio de Marco Fidel Suárez y de Antonio Gómez Restrepo. Suárez —tal vez mejor hablista que lingüista— ¿o me equivocaré? le dice: "Es verdadera aplicación de los principios científicos; es libro de profesor, no de mero aficionado; brilla por los conocimientos lingüísticos y más que todo, por la sagacidad y fina observación de los fenómenos"... Aún así el "**Diseño**" permanece inédito hasta 1917. La prisa es mala consejera. Tal vez tendría en cuenta la admonición de Juan Luis Vives en su obra "**Las Disciplinas**": "Concebido cualquier empeño quede advertida la prudencia para no echar al mundo alumbamientos prematuros...". Pero sí es bueno observar que el **Diseño** fué concluído el mismo año que en París se extinguía la vida de Rufino J. Cuervo, lumbrera de la filología en Colombia y en la hispanidad. El joven jesuita colombiano de Walkenburg recogía la antorcha del cristiano viejo, del sabio modestísimo que se nos apagaba en París. Con cuánto garbo la haya portado, con cuánto lucimiento enaltecido lo está comprobando esta sesión y esta presencia vuestra que representa la gratitud y la admiración del pueblo colombiano.

En 1956, por los días inolvidables del segundo congreso de Academias, el Padre Restrepo me pidió que lo relacionara con posibles editores españoles del "**Diseño**", cuya cuarta edición se estaba agotando. Lo presenté entonces al director de una colección de libros de filología y literatura. Mas, por razones que se me ocultaron, se rechazó la oferta. Supe posteriormente que habían encargado a un joven catedrático la composición de un tratado de Semántica más moderno, según decían...

Pero el catedrático desistió de la empresa.

"A medida —explicaba— que recurro a la obra del Padre Restrepo para orientarme, la encuentro tan sencilla, tan ordenada, tan diáfana y aún tan actual en los mismos ejemplos que me siento paralizado para crear obra nueva. Mi libro resultaría un arreglo contrahecho o un plagio vergonzoso. Sin saberlo, este discreto y avisado lingüista coincidía con el filólogo francés Meillet cuando estimaba que el libro del Pa-

dre Restrepo había logrado exponer en un manajo de páginas, de manera clara, matizada, justa, todas las ideas maestras sobre la materia, de tal manera que en ninguna parte se encontrará un instrumento tan bueno para iniciarse en la semántica. Por los ejemplos españoles tan oportunamente citados, los extranjeros lo encontrarán precioso; y en los detalles él introduce observaciones nuevas, ya que sabe unir el sentido de la lengua literaria con un conocimiento extenso de los hechos lingüísticos”.

Al paso de las hojas, ese tratadillo, prodigiosamente sustancioso y sintético, suscita ante el lector el milagro cotidiano del lenguaje viviente, influido y avasallado por la lógica, por la psicología y por lo social, por lejanos pueblos y por diversas culturas. Qué mensajes, qué asaltos, qué reflejos entraña, padece, recibe, emite una sola de esas palabras que nosotros vamos soltando con superficial ligereza! Y de qué manera tan misteriosa, una misma palabra, en diversas lenguas, unas veces se corresponde con estable, fraterna fidelidad y otras se destiñe y diversifica.

### El gramático

Esa mañana de 1925 un muchacho de nueve años se despierta —lo despiertan— en su casona del marco de la plaza de Jericó, el pueblo encaramado sobre un descanso de los altos farallones del suroeste antioqueño. Sobre la ciudad todavía oscurecida y adormilada llueve, llueve tediosamente. El muchacho de nueve años camina por las calles solitarias hacia el colegio de sus pesadillas. En los contornos hay nieblas; en el ambiente, frío; en el alma del escolar, hastío y aburrimiento. Ese día tiene que responder en clase sobre los modos del verbo. Y el niño de nueve años, hace poco arrancado a los naranjos de sus vacaciones campestres y a las cometas voladoras y cabeceantes, lleva en este momento oprimida el alma por decenas de áridas reglas y taladrada la memoria por extrañas denominaciones: ante-copretérito, ante-pospretérito, antefuturo-hipotético... Sobre Jericó sigue lloviendo implacablemente. El niño, en la clase, no entiende nada, nada. El niño, de pronto, siente las lágrimas en los ojos y piensa en huír corriendo, libre como el viento de las selvas antioqueñas, a su casa aldeana de Tarso, donde no hay antefuturos-hipotéticos. Pero en cambio hay cariño de madre, mangos, piñuelas aromáticas, naranjos cargados de doradas frutas, cometas para elevar en la tarde azul y caballos para bajar de paseo hasta Bolombolo.

Diez años después, el niño, ya joven y desgarrado de sus lares domésticos por exigencias de divina vocación, recibe un día, desde Bogotá, un libro titulado “El Castellano en los Clásicos” por Félix Restrepo.

Abre el primer volumen y lee: “Siempre he recordado con pesar las horas muertas en que en mi niñez aprendí gramática castellana. Siempre he compadecido de corazón a los niños que están estudiando castellano y también a los profesores que lo enseñan. Y más de una vez hice el propósito de componer un manual que hiciera gustoso el aprendizaje más necesario cual es el de la lengua pataia”.

Esa sinceridad me tornó simpático el libro. El famoso académico había sentido y adivinado los tedios infantiles del escolar de Jericó. Y ahora, compasivo y docto, nos brindaba la manera de llegar a la gramática regulada a través de la gramática vivida, sentida y practicada por los magos de la inspiración y de la creación. Uno comparaba su gramática, atiborrada de reglas y conceptos filosóficos, comprobados muy de trecho en trecho por una frasecilla de Cervantes o un desarticulado fragmento de un clásico desconocido, con esta antología deliciosa, tan hábilmente seleccionada y tan sobria en la regla, en la definición, en el encasillado gramatical. **El Padre Restrepo, de acuerdo con** los métodos de la moderna pedagogía, hace que a los ojos del niño las reglas broten del mismo idioma vivo y logra que el aprendiz verifique las categorías gramaticales sobre páginas de viviente y ejemplar hermosura. En mi libro viejo —la gramática de mis tedios, de mis odios y de mis antefuturos-hipotéticos— el ejemplo era un arbolito o un minúsculo oasis en la planicie calcinada de los preceptos. Aquí el libro era pensil y la regla, como el aroma, se desprendía espontáneamente de los clásicos eternos.

En el prólogo de su libro el Padre Restrepo se nos aparece tan dueño de los secretos gramaticales como de los adelantos de la pedagogía.

¿Qué decir ahora del **"Castellano naciente"**? El volumen es parvo. Uno lo hojea y le parece de sencilla factura; pero enseguida se convence de que ha sido madurado con la difícil facilidad de los sabios que dominan un tema.

Félix Restrepo sabe que el castellano es una lengua semejante al árbol añoso que simultáneamente sostiene el retoño nuevo y la rama seca, la hoja verde y la hoja amarillenta y caediza; el injerto que acaba por ser incorporado o por ser eliminado. Y he aquí que este observador minucioso, este herborizador cariñoso de la lengua se propone ofrecer un muestrario de voces nuevas o nacientes espigadas por él durante una sola semana, del 18 al 25 de junio de 1956, en los títulos o en las leyendas pictóricas de cuatro periódicos bogotanos. No recopila con intención correctiva; registra simplemente el fenómeno léxico; trata de explicarlo, aventura una predicción sobre la suerte que a ese neologismo le aguarda y se ciñe exclusivamente al aspecto lexicográfico, dejando intacta la parte fonética, la morfológica, la sintáctica. La conclusión pone a pensar al gramático, al sociólogo, al filósofo. De 210 neologismos registrados en una sola semana por Félix Restrepo, 61 pertenecen al deporte y 60 a la vida política y social... Incitadora sugerencia para devanear en ágil ensayo sobre el **homo ludicus** o el **homo politicus** o sobre la jerarquía de los valores subvertida frívolamente en nuestra época o quién sabe si en todos los días de la humanidad viandante.

Hasta la hora del ocaso el Padre Restrepo le guardó fidelidad a la lengua de Castilla, señora de sus altos pensamientos. Y si en **"El Castellano naciente"** recogió en una semana 210 neologismos no reconocidos por la Real Academia, en su trabajo de 1964 sobre **"Evolución semántica del castellano de Gonzalo Jiménez de Quesada"**, mostró, a base de un espiguelo en el **"Antijovio"** del Mariscal letrado, los fundados términos de buen castellano, traídos a esta altiplanicie por los fundadores de nuestra nacionalidad han caído en desuso, cuántos han cam-

biado totalmente de sentido y cómo algunos de nuestros pretendidos colombianismos esmaltan los escritos de nuestro padre y señor Don Gonzalo.

En la introducción a su libro **“La Ortografía en América”**, el Padre Restrepo habla **“tanquam auctoritatem habens”**. Hombre con sentido jerárquico, a fuer de ignaciano, pero más atento a las leyes interiores y a los supremos imperativos que a las arbitrarias o anticuadas imposiciones, empieza diciendo llanamente: **“La ortografía de la Academia Española no ha sido hecha para los americanos, sino para los españoles. Necesitamos los americanos tratados especiales de ortografía. Las reglas de ortografía que traen los manuales corrientes suelen ser arbitrarias y llenas de excepciones. Proviene esto de que consideran las palabras como bloques cerrados. Yo por el contrario he pensado que las palabras se deben considerar como artefactos y que pueden desarmarse. Al desarmar las palabras sacando por un lado su núcleo y por otro los diversos accesorios, se ve fácilmente que las reglas de la ortografía adquieren un nuevo valor y que no tienen excepciones”**.

Fue curiosa la peripecia intelectual del Padre Félix con respecto a la ortografía. En **“El castellano en los clásicos”** acató la doctrina de la Academia en contra de Andrés Bello. Pero ya en su tratado de Ortografía se emancipó visiblemente de la Academia y legisló por su propio talante, según su leal saber y entender y finalmente acabó consiguiendo de la Corporación matritense acuerdos y concesiones ortográficas en favor de los castellanos de ultramar.

Bastarían estos merecimientos para granjear al Padre Restrepo el título de **“gramático”** ponderado como altamente honroso por el humanista español Luis Vives, el cual hacía notar cómo Elio Antonio de Nebrija, varón aventajado en varios campos de la cultura humana, se contentó y anduvo siempre muy satisfecho de ser denominado **“el gramático”**. Y lo fue, por cierto, con lúcida conciencia de lo que la lengua, compañera de las armas, significaba en aquella hora feliz en que se alzaba el destino imperial de España.

### **El prosista y su claridad**

Pero no se detuvo ahí ni se cifró en ello solamente el haber, el merecer y el justo elogio del Padre Félix. Diríamos con la Escritura que en menesteres de idioma, él también **fecit et docuit**.

Antes que preceptista fué escritor; hizo de prosista antes de ser gramático. Señoreó la lengua y enalteció el castellano más con las páginas creadoras que con la ordenación de los preceptos aglomerados en las antiguas **“Instituciones”** o regulados por la lingüística moderna.

En el prosista fecundo y tildado que fué el Padre Félix cree uno que la virtud primera, por lo que atañe al pensamiento mismo, fué el perpetuo equilibrio, la sazónada y sapiente madurez; por lo que toca a la forma, fué sin duda alguna, la diafanidad, aquella **“perspicuitas”** que el preceptor Marco Fabio Quintiliano consideraba suprema cualidad de la oración: **“Oratio cujus summa virtus est perspicuitas”**.

Intencionadamente, para aminorar las letras francesas en su coitejo con las alemanas, dijo Ortega y Gasset que **“la claridad es una gran**

virtud del intelecto; grande, pero solo una. No se vaya a creer que pensar claro es, sin más, pensar bien, pensar todo lo que hace falta pensar”.

Por eso, aposta, sobre caso pensado, se ha dicho arriba que en la prosa del Padre Félix se dió el feliz maridaje entre la hondura del saber y la transparencia del decir.

No se ha intentado —que yo sepa— el estudio de su prosa, a la luz de los hallazgos de la moderna estilística y al corte y manera que en España se han empleado para discriminar los escritos de Gabriel Miró o de Valle Inclán o en Colombia el frasear magnificente y lujoso de Monseñor Castro Silva. Tal vez la tarea resulte más hacedera, más fértil en conclusiones y sorpresas en quienes han trabajado su prosa con esmeros de estilistas o de preciosistas. No creo que a este linaje perteneciera el Padre Félix.

Pero los críticos de ocasión o de oficio, han dicho con Camacho Carreño que el Padre, alumno de la severa escuela ignaciana, practicante de la ascética mortificación, tronchaba el halago de la metáfora naciente o acudía a sofocar el brote imaginativo. O han opinado con nuestro docto colega el Dr. Sanín Echeverri, que en Restrepo la pasión fué la palabra, quizás un tanto en desmedro de la frase.

Uno, en ocasiones, se ha puesto a cavilar cuál sería el secreto de la diafanidad y tersura de sus escritos. Al hombre lo configuran la raza, los estudios, la función o el quehacer que desde arriba se le impone.

En la prosa del Padre Félix hay algo de aquella austeridad nativa, de aquella línea recta y sobriamente adornada que se aprecia en las páginas de su progenitor Don Juan Pablo y que Marco Fidel Suárez señalaba en la conocida obra **“La Iglesia y el Estado en Colombia”**.

Desde su juventud el Padre Félix se formó en disciplinas medulares y según métodos de estricta ordenación intelectual. Gran parte de los estudios eclesiásticos, por circunspecto servicio a la verdad y al dogma, vigilan y exigen la sustancia del concepto, la precisa justeza de la expresión. Y ello se hace imperativo funcional cuando la vida se convierte en profesión de magisterio y la palabra y la frase son, deben ser instrumentos de la verdad, de la sabiduría, de la enseñanza. El pedagogo debe ser, por excelencia, el hombre de la claridad, el dueño permanente del “lucidos ordo” que aconsejaba el preceptor Horacio.

Del Padre Restrepo se podría afirmar lo que Eugenio D’Ors dijera en su **“Nuevo Glosario”** (I p. 607) del humanista español Don Gregorio Marañón, que fué por cierto admirador y amigo del Padre Félix: “Marañón es, por definición, una mente lúcida. Pertenece a la raza de los hijos de Febo, de los que ya han recibido por patrimonio la luz, sin necesidad de esforzarse trágicamente por ella. Así escribe tan bien”.

Hay un estilo, hay una prosa que es la peculiar de los sabios: la que se admira en Jovellanos, en Ramón y Cajal o en Rufino J. Cuervo; aquella que procede de la simplicidad de la idea que, más que de vestirse y ataviarse para lucirse en las plazas, gusta de llegar hasta la mente en una virginal y paradisiaca desnudez.

Finalmente, el Padre Restrepo, aunque hundió y asentó los fundamentos de su sabiduría en el subsuelo del pasado: las lenguas clásicas, los maestros del llamado siglo de oro, la filosofía y la teología *parennes*, fué en todo perfectamente contemporáneo y se expresó a tono con el estilo de su hora. No se imagina uno al Padre Félix atesorando vocablos viejos o frases del siglo XVI como lo hicieron Miguel y Juan Mir y a ratos Don Marco Fidel para engastarlos en sus escritos.

En castellano, particularmente desde el Maestro Azorín, practicamos la eliminación y amamos la brevedad, la concisión, la tersura.

Por eso, concluiré con el Dr. Sanín Echeverri "tiene el Padre Restrepo una sencillez entre bíblica y litúrgica en la que se encarna la difícil facilidad lograda solo por los escogidos".

Pero uno añadiría que a través de la limpia cristalinidad de su prosa destellan otras preseas interiores del buen escritor: tales la amabilidad, la gracia, un leve humor dosificado, alguna vez el sarcasmo nunca sangriento y con más frecuencia de la que uno pudiera sospechar, la emoción y el sentimiento. Rectificando a Camacho Carreño diría uno que no fué tan tronchador de metáforas como se dijo ni tan seco y desjugado de sensibilidad. Como tampoco lo fué aquel Ignacio de Loyola a quien una falsa leyenda nos desfigura como espíritu enjuto, ordenancista e insensible cuando en verdad fué hombre de tierno corazón, de cortesanías finuras y de frecuentes y copiosas lágrimas.

Es curiosa la reacción y la observación que una antología de escritos del Padre Félix suscitó en el jesuíta holandés L. Stinglhamber, cuando hizo la reseña en "Les Etudes Classiques" (Tomo VIII (1939) p. 428): "Será necesario —dice— alabar el lenguaje, ese lenguaje castellano tan castizo o la elevación del pensamiento o más aún esa distinción refinada que yo no he captado siempre en España pero que he tenido la sorpresa de descubrir inexplicablemente entre los suramericanos? No será quizás ese refinamiento personal el que justifica la tesis del autor cuando asegura que en las resonancias de su noble lengua palpita la vida de Grecia?".

Puestos ahora en el apremio de revelar personales preferencias uno mostraría el **Diseño de Semántica** como ejemplo de prosa didáctica en que ciencia y expresión se consubstancian; las **Floreccillas Franciscanas en el Nuevo Reino**, como dechado de sabrosa ingenuidad; el discurso académico sobre la **cultura popular griega** como didascalia erudita y amena; el **Diálogo de la Iglesia y el Estado**, primero de su libro de Diálogos, por lo sentido, transparente y pulcro de la frase; el discurso inaugural del Congreso de Academias de Méjico, por la cervantina y rozagante solemnidad de los períodos; el que lleva por título "**El castellano imperial**" sabroso por la evocación de Don Marco, por su itinerario histórico de la lengua castellana y por sus ideas optimistas sobre la futura unidad del idioma; el dedicado al "**Día onomástico del Libertador**", que recuerda los limpios cromos del maestro Azorín o finalmente el libro de sus postrimerías "**Entre el tiempo y la eternidad**" por lo denso del pensamiento, la lógica trabazón de las ideas, la madurez espiritual que revela, la suave y serena consolación que respira y que inspira y la otoñal luminosidad que se difunde con casto brillo de todas sus cláusulas acendradas.

## El académico

Ante todo este cúmulo de excelencias literarias, cómo extrañar que ya en 1915, a propuesta de Suárez y de Gómez Restrepo, fuera nombrado miembro correspondiente de esta Academia? Cifrabá entonces en los 29 años; no era todavía sacerdote ni había cursado teología; pero ya había publicado "**La llave del griego**"; ya tenía escrito el "**Diseño de Semántica**" y ya se había ejercitado copiosamente en los menesteres de la pluma en la revista **Horizontes** por él fundada en Bucaramanga. Diecisiete años más tarde, en 1933, entraba en esta Academia como socio numerario para ocupar el sillón que dejara vacío aquel procer del pensamiento, de la lengua y de la Iglesia que fué Marco Fidel Suárez y en 1955 tomaba la dirección de nuestra Academia para no dejarla de sus manos sino repentinamente fulminado por la muerte.

Para el Padre Restrepo no fué encomienda excesiva suceder a Suárez. Oriundos ambos del Valle de Aburrá, Don Marco fué discípulo y biógrafo de Juan Pablo Restrepo e incluso apadrinó la matrícula, que a la postre vino a frustrarse, del joven Félix en el colegio de San Luis que regía en Zipaquirá aquel hidalgo de la vida y de las letras, de la poesía y de la diplomacia que se llamó José Joaquín Casas, a quien, por los designios del cielo, le correspondió recibir en esta Academia al que no fué su alumno, pero sí su amigo muy admirado.

Hacia 1913 Suárez, para justificar pretéritas y discutidas actitudes envió al Padre Félix una histórica carta sobre la delicada y espinosa materia de la intervención del clero en la política, carta que fué publicada en **Horizontes** y que en ocasiones posteriores le fué aireada y esgrimida al caudillo político.

Hacia 1925, en el **Sueño del liberalismo**, Luciano, al encarecer el "Tosoro de la lengua castellana" de Julio Cejador, por cuya vida, ya cercana a la postrimería, hace espontáneos votos al cielo, añade: "También los hace porque Dios prospere la de otro religioso loyolista, paisano nuestro y heredero del nombre circuido de luz y de bondad de Don Juan Pablo Restrepo, a fin de que, continuando la senda de estos estudios, siga acrecentando su fama para honor de su tierra y nuevo lustre de la Compañía. Hablo del P. Félix Restrepo, muy joven todavía y ya famoso en la ciencia que fundó a la par de Leibniz, aquel otro jesuíta eminente Don Lorenzo Hervás" (Sueños, tomo V, 2ª ed. págs. 111-4).

Don Marco, bajo el seudónimo famoso entre los colombianos, de Luciano Pulgar, se entretuvo en dialogar con otros personajes en gran parte reales pero encubiertos, de **omni re scibili** en el monumento de los **Sueños**, que fueron desahogo del político malherido, varia silva de eruditas curiosidades, nartecio de cordiales remembranzas y muestrario de fraseología castellana de rancia solera. A su vez, el Padre Félix, bajo el nombre de Lope de Ochoa empezó sus **Diálogos en otros mundos** que atestiguan su humanista curiosidad por la astronomía, su admiración hacia Don Marco que interviene con el seudónimo de los **Sueños** y su interés por diversas provincias de la cultura. Ni los **Sueños** ni los **Diálogos** fueron terminados, como sucede con ciertas esta-

tuas griegas que ahora, para desesperación de artistas, encontramos inconclusas.

Séame lícito, de paso, insinuar una antigua sospecha mía que someto al estudio de los suaristas de Colombia. Parece que Lope de Ochoa quiso nombrarse así por alusión a Don Alonso, el patriarca asturiano de la restrepería antioqueña. Y tal vez, el seudónimo de Luciano, grato a Marco Fidel y que ha cosquilleado la curiosidad de muchos, habría que ir a buscarlo no en el ático y atildado Luciano de Samosata, autor es verdad de diálogos y hasta de algún **Sueño**, sino en Don Luciano Barrientos, cristiano señor a quien alcancé a conocer en mi niñez lejana por tierras de Jericó y que era pariente muy querido del presidente y soñador de Hatoviejo.

En nada fué vulgar el Padre Restrepo. Empresa que recibía, se le magnificaba entre las manos. Por eso la distinción académica no fué para él, solamente, una distinción: fué una exigencia y una función. Entendió su nombramiento no como un premio al antiguo esfuerzo sino como un estímulo al futuro trabajo, según dijera Suárez cuando tuvo su epifanía académica y repitiera en su discurso de posesión el Padre Restrepo.

La Academia fué para él, ante todo, una responsabilidad con la lengua, con la cultura patria, con su personal y primitiva vocación de pedagogía social.

En el ámbito colombiano, la Academia nuestra, primera de las correspondientes de América, fué su ilusión y su tarea. Gracias a su empuje inició una serie de publicaciones, entre las que figuran las **Obras Completas** de Monseñor Carrasquilla; se reanudaron el **Anuario** y el **Boletín**; se atendieron numerosas consultas idiomáticas, porque en Colombia, a Dios gracias, todavía hay negociantes y empresarios que respetan la lengua y consultan sus dudas con la Academia y se mantuvo una correspondencia activa con la Academia Española.

Orlado de prestigio, el Padre Félix llegó a ser, en altas ocasiones, la voz grande de la patria en tres congresos internacionales: en Méjico, en Madrid, en Bogotá.

En el congreso académico de Méjico el Padre Félix, encargado de la oración inaugural, alcanzó con el soberano vuelo de sus palabras una estelar altura para su nombre y una inmarchitable corona para la patria.

En el Congreso de Madrid uno pudo comprobar, con indecible complacencia, cómo se consultaba su dictámen, se acataban sus sentencias, se le otorgaban honores, se le citaba a par de Bello, de Don Rufino o Don Miguel Antonio. Indicio de la simpatía que inspiraba como sabio y como hombre fué la invitación que a él, personalmente, con siete académicos más, entre un centenar, le hiciera Don Gregorio Marañón para pasar una tarde en su cigarral y en la ciudad de Toledo

“aquella ilustre y clara pesadumbre  
de antiguos edificios coronada”.

Esa tarde —rememoraba el Padre Félix— fué como un simposio; en él se hubiera inspirado Platón. Allí se encontraban unidos en el más cordial respeto y la más fina amistad peregrinos de todos los

ámbitos de América. Qué grata la conversación, llena de recuerdos vivos, de erudición velada, de gracia chispeante, de reminiscencias literarias...

Ese fué el homenaje del cultísimo español al cultísimo colombiano.

Para unir una vez más —en esta desteñida semblanza y apresurada evocación el nombre de mis venerandos antecesores— no olvidaré decirlos que el congreso madrileño rindió un homenaje al nombre y a la obra imperecedera de Marco Fidel Suárez y fué entonces cuando el Padre Restrepo se levantó y con emocionadas palabras dió las gracias en nombre de Colombia por este homenaje “al gran escritor, humanista y mártir”.

En Bogotá, del 26 de julio al 6 de agosto de 1960, se reunió el tercer congreso de Academias de la Lengua. Presidente fué el Padre Restrepo y sitio de reuniones este mismo elegante, decoroso y señorial edificio de la Academia, que fué sueño y realización de este varón de deseos y de obras.

Lingüista de afición y de frutos maduros, fué también promotor, defensor y campeón de la unidad de la lengua castellana. Entre la tesis pesimista del sabio Don Rufino, mantenida en su declinación crepuscular, sobre la posible y no lejana fragmentación del idioma, y la teoría de Menéndez Pidal de que “no actúan fuerzas ciegas en el lenguaje y que este hermoso idioma, modelado por nuestra voluntad, nuestra inteligencia, nuestra sensibilidad, nuestra fantasía tiene siempre su vida en nuestras manos”, el Padre Restrepo se adhería al filólogo español y afirmaba su fe en el quehacer y en el destino unificado del castellano imperial.

En esta Academia viven, trabajan, enseñan los ilustres colegas Don Luis Flórez y Don Antonio León Rey, que estarán ahora mismo recordando los asertos, las predicciones y las teorías de nuestro llorado presidente sobre la unidad del idioma, claramente expuestos en “**El castellano y sus afluentes**” y “**El castellano imperial**” con que, en gratas solemnidades, dió la bienvenida a quienes son ornamento de nuestra Academia y colegas muy estimados y reverenciados.

La unidad lingüística —pensaba el Padre Restrepo— está reclamada por imperiosas razones políticas e históricas y se sentirá más asegurada, en contra de innegables fuerzas disolventes, por numerosos y poderosos factores que la defienden y la facilitan. Tales son la difusión de la escuela y de la prensa en el mundo hispanohablante; la facilidad y celeridad de comunicaciones que torna imposible aquel aislamiento que ocasionó la disgregación de la lengua latina; el invento de las ondas hertzianas que podrían unificar la fonética y fomentar la corrección del lenguaje y finalmente la labor unida y conjunta de todas las Academias para el manejo de esta maravillosa y utilísima herencia común. La causa es noble; la necesidad de unión entre nuestros pueblos, imperiosa; el porvenir de esta unión, brillante y seguro. El Padre Restrepo seguía obrando como pedagogo social y creía que a los pueblos, como a los hombres, se les puede instruir, formar y capacitar para que estimen, respeten y defiendan sus más nobles tesoros espirituales.

## El humanista dinámico

En el decurso de esta semblanza nos hemos acercado ya al hombre Félix Restrepo.

Con intuición acertada el Padre Angel Valtierra nos ha definido a su hermano jesuita como "humanista dinámico". En los apuntes autobiográficos del Padre hay una aseveración sugestiva: "Todas las materias que estudié me fueron fáciles; pero mi espíritu se inclinaba más a la acción que a la contemplación".

Poseía en alto grado el sentido organizador. Emprendía cosas posibles, con finalidad concreta, con los hombres adecuados. Fué hábil para conseguir el preciso instrumento humano que necesitaba. Tuvo lo que Ortega y Gasset llamaba "el ajuste intelectual con el contorno".

El fundó la casa del estudiante católico en Bogotá que en aquel momento acabó con insidiosos monopolios; la Librería Voluntad, para abastecer al pueblo de libros escogidos y sanos; la Cooperativa de Crédito, que aliviara las cargas de la clase media, ya que él anduvo siempre inquieto por la cuestión social; la **Revista Javeriana**, alta cátedra del pensamiento católico y colombiano; finalmente y muy en particular, el **Instituto Caro y Cuervo** que encontró en el humanista jesuita su guía clarividente y su arquitecto eficaz.

El 1940, el gobierno colombiano por iniciativa del Dr. J. E. Gaitán fundó el Ateneo Nacional de Altos Estudios, institución destinada al cultivo de la investigación científica y que debería continuar dos obras que marcaron época en la tradición cultural de los pueblos hispanos: la **Expedición Botánica** de José Celestino Mutiz y el **Diccionario de Construcción y Régimen**, de Rufino J. Cuervo.

Vicepresidente del Ateneo y primer director de la sección de filología fué designado el Padre Restrepo; su obra fué la única que sobrevivió. Cuando en 1948 pasó a presidente honorario, el correspondiente decreto decía: "La intervención y los trabajos del Padre Restrepo fueron decisivos en la preparación y organización del Instituto, que es hoy alto centro de cultura del país, de suerte que puede ser considerado como su promotor, fundador y animador constante".

Para los que hemos vivido largos años ausentes de la patria era un título de orgullo y —por qué no decirlo— una compensación de alivio y de consuelo frente a la reiterada noticia denigrante que la prensa extranjera publicaba de nuestro país, el refugiarse a los nombres de Caro y de Cuervo y el ostentar la revista y los libros del Instituto, sobre el cual, en repetidas ocasiones, oí ponderados encomios al filólogo Don Julio Casares, secretario perpetuo de la Real Academia.

Quienes convivieron con el Padre Restrepo no ahorran elogios a su curiosidad intelectual, a su avidez de lector, a su memoria prodigiosa, a su capacidad de síntesis, a su intuición para catar y justipreciar ideas, hombres, situaciones, instituciones. En los días que me fué dado acompañarlo en Madrid observé que de todo personaje que le presentaba apuntaba en su libretín el nombre, la especialidad, la dirección. Un medio día, en un restaurante madrileño, trabamos conversación con un comerciante vasco especializado en los oficios de la pesca. Ahí mismo apuntó todos sus datos personales, porque este hombre —me

decía— algún día le puede ser útil a Colombia donde tenemos dos mares y tantos ríos.

El Padre Restrepo fué un colombiano de alma en ascuas. Su vasto conocimiento de valores y de libros extranjeros no lo llevó jamás al desdén de lo nuestro y más bien al aprecio, al estímulo, al optimismo.

Tres obras suyas: “**Corporativismo**”, “**Respice polum**”, “**Colombia en la encrucijada**” nos ofrecen un claro y caluroso compendio de su ideario social, político y colombiano. El creía en Colombia. El la miraba estratégicamente situada por la Providencia para ejemplo y magisterio de los pueblos hermanos y él pensaba que la futura cristianización del continente asiático podría estar reservada a los pueblos de América Española. Hasta no sería difícil comprobar que un buen manojo de sus observaciones sociales y políticas vienen, con antelación de años, a coincidir con fundamentales doctrinas de los últimos Pontífices y del Concilio Vaticano II.

Para defender al país no se achicaba ni amilanaba ante nadie, por egregio que fuera. En la entrevista a que fué especialmente invitado por el Dr. Eijo y Garay, Patriarca Obispo de Madrid-Alcalá, este Prelado mantenía puntos de vista un tanto errados acerca de la historia religiosa de nuestros países americanos que él veía manejados siempre por fuerzas tenebrosas, al paso que trataba de lograr el asentimiento del Padre Félix. Pero éste, a pesar de sentirse claramente admirado y elogiado por el Señor Patriarca, le contradecía, le dilucidaba, le refutaba, todo ello —como es natural— con palabras de tanta claridad como cortesía.

### **El hombre**

Nota sobresaliente de su espíritu fué la difusiva y cordial simpatía. Era notoria la facilidad con que entraba en relaciones con personas que por primera vez trataba y el interés que despertaba con su charla y su ortodoxa apertura.

Aquel día de mayo de 1956, en Madrid, un paisa andariego, vivido, sabido, rodado, nos invitó a un almuerzo español en una típica fonda del Madrid antiguo. Se buscó de intento, ya en ella, un rinconcito sosegado. Entonces, más que nunca, descubrí a ese Padre Restrepo, que ya se me hacía tan humano, dentro de su intangible dignidad sacerdotal y religiosa, que en varios casos me pareció edificante.

El paisa prodigó gracejos vernáculos y sazónó las suculentas viandas del buen yantar español con sus relatos de interés novelesco; pero el Padre Restrepo no se quedaba atrás: celebraba alborozado, intercalaba sus ocurrencias, nos regocijaba con su risa espontánea y franca. No era el sabio o el personaje famoso, empinado e inasequible sobre su pedestal; era el hombre afable, amigo de sus amigos, abierto de mente, de corazón y de ademanes. Hombre en todas sus calidades y vertientes. Humano, humanitario y humanista.

En España —palenque de nobles rivalidades del espíritu— hubo, años atrás, quiénes se dieron a repartir a sus conciudadanos entre excluyentes y comprensivos, según se pretendiera reafirmar la actitud de atrincheramiento en una cerrada tradición doctrinal o de abrir las

puertas a los que coinciden en el aprecio siquiera de unos cuantos valores fundamentales.

Uno situaría al Padre Restrepo en el grupo de los comprensivos. No porque cediera un solo ápice de su adhesión al dogma, sino porque entendía el precepto de San Pablo de dilatar los espacios de la caridad o la máxima de San Agustín de guerrear contra el error, pero acoger al hombre.

“Veinte años hace —escribía el Doctor López de Mesa— que andamos juntos en estos ministerios de la cultura en el seno de la Academia Colombiana, sin un disentimiento moral ni político ni literario siquiera, antes unidos por el vehemente anhelo de ser útiles dentro de los apartados orbes de nuestra concepción filosófica del mundo”.

Su benevolencia intelectual y la anchura de su alma evocaba la comprensión que distinguió en España a Don Marcelino Menéndez y Pelayo, el autor de la **“Historia de los heterodoxos”**, el sabio católico que no desconoció las preseas de los clásicos greco-romanos, ni las soberbias construcciones de ciertos filósofos heterodoxos ni los méritos literarios de contemporáneos y colegas de la Real Academia que, como Núñez de Arce o Pérez Galdós, militaban en opuestas ideologías.

Hay algo más: como todo hombre grande atrajo el rayo, que suele amar las cumbres y los árboles solitarios. En puntos de gramática hubo letrado que atacó sus teorías con ademanes de inusitada violencia. En estos y semejantes casos, el Padre Restrepo, sin retroceder de sus puntos de vista o de sus actitudes prácticas que él solía medir y proyectar con alteza de miras e intenciones, respondía con serenidad, razonaba con equilibrio e invitaba a la cordura, al sosiego, a la caridad peculiar del buen cristiano. Fué siempre así por temperamento, por educación, por convicciones religiosas.

Por los días del Congreso Académico de Madrid andaba exacerbada entre los españoles la contienda sobre los méritos de Unamuno, admitidos por todos pero empañados, en opinión de los tradicionalistas, por las contradicciones notorias del célebre Rector de Salamanca. Unamuno fué pensador originalísimo e independiente, prosista medular e incitante, alma agónicamente religiosa. Pocos hombres tan sedientos de inmortalidad; pero acerca de su cristianismo habría bastante que esclarecer y puntualizar. En ese clima, el Congreso de Academias decretó ofrecerle un homenaje en la Facultad de Letras de Salamanca, ante la estatua que le labrara Victorio Macho. Llegada la hora del homenaje, el Padre Restrepo me decía:

—Hay que reconocer todos los méritos de este hombre como escritor, pensador e hispanista. Pocos españoles habrán estudiado y comentado los valores de América con el cariño y el calor de Unamuno. Recuerde su prólogo a las poesías de Silva o su juicio sobre los escritos de Tomás Carrasquilla. Pero en este momento de España los sacerdotes extranjeros debemos proceder con cautela y no favorecer posturas rebeldes frente a las enseñanzas o criterios de la Jerarquía.

El Padre Espinosa Pólit, gloria purísima del Ecuador, aprovechó las horas del homenaje para visitar en Alba de Tormes el sepulcro de Santa Teresa de Jesús, cuya familia estuvo tan ligada a la primitiva historia de Quito. Y el Padre Restrepo, que además se sentía fatigado

y debía vigilar el ritmo de su corazón, prefirió invitarme al sosiego de un parquecito, engalanado entonces por la sobria dádiva de la primavera castellana y allí, sentados en un banco de piedra, nos entretuvimos leyendo los vítores universitarios pintados con sangre de toro en los muros amarillentos de la catedral y mirando los pasos, los lances y los giros de un corro de niñas que acompañaban su danza antigua, tal vez milenaria, con el canturreo de un sabroso romance.

El Padre gozaba haciendo conversar a las niñas castellanas para sorprender su fonética y su vocabulario y les hizo repetir el romance para trasladarlo a su inseparable cuadernillo de apuntes.

En esta ocasión el comprensivo cedió su paso al sacerdote discreto.

El no podía permitir que su nombre, nimbado de prestigio, pudiera esgrimirse por cualquier aprovechado, para lanzarlo al certamen de ideas en que entonces se debatían algunos intelectuales españoles.

### **El sacerdote**

Qué diremos ahora —para concluir— del sacerdote y del religioso?

Florecieron estos dones sobre su estupenda calidad humana y florecieron con gallardía porque él vivió amando su vocación, ajustándose a las reglas de San Ignacio, ejerciendo con decoro su sacerdocio, que es oficio de mediación. Situado entre Dios y los hombres, él se acercó a Dios por la liturgia, por la pureza de la vida, por la oración y la contemplación; pero se volvió hacia los hombres para el ministerio, la enseñanza, el múltiple mensaje.

El recuento de su prodigiosa actividad cultural pudiera eclipsar los haberes y merecimientos de su vida de religioso y sacerdote. Pero no fué así, entre varias razones, porque todo lo que hizo y enseñó lleva intenciones de apostolado y fué tan solo un desbordamiento de su vocación de servicio a Cristo y a la Iglesia.

Sucede además que en su hoja de servicios sacerdotales, se registran a menudo la dirección de los ejercicios ignacianos en colegios, seminarios y comunidades, la predicación de semanas santas en humildes pueblecitos o grandes ciudades, la colaboración fraterna con sacerdotes que lo reclamaban y hasta la capellanía, por largos años, del barrio obrero del Nordeste en esta misma ciudad de Bogotá. Sin esta referencia a su ministerio ceñidamente sacerdotal hubiera quedado incompleta y falsificada la semblanza de quien ante todo se preció y se gozó de colaborar en la implantación del mensaje del Evangelio.

“Mi mayor consuelo —escribía en su última obra— es haber dedicado mis fuerzas y mis años a cooperar en la difusión del reino de Cristo en la obra de la redención”.

La vida sacerdotal del Padre Félix queda encerrada entre dos libros suyos de directa finalidad apostólica, el uno de su juventud y el otro de su ancianidad: “**San Agustín: sus métodos catequísticos, sus principales catequesis**” (Madrid, 1925) y “**Entre el tiempo y la eternidad**” (Bogotá, 1960).

Con el libro agustiniano empezaba el Padre la colección "Los grandes maestros de la doctrina cristiana". En él ofrece una versión clara de los escritos catequísticos de San Agustín, enriquecida con erudita introducción, con atinados comentarios y anotaciones.

La empresa de traducir a San Agustín no es tan fácil como pudiera imaginarse dado el latín peculiar y los jugueteos conceptuales y verbales de aquel gran retórico africano; pero el Padre Restrepo consumó la proeza con su acostumbrada sencillez y diafanidad. Uno de los postulados de la introducción se refiere a la oportunidad de reanudar en las misiones de infieles la primitiva institución eclesiástica del catecumenado. Vivió el Padre Restrepo hasta verla decretada por el documento conciliar sobre la actividad misionera de la Iglesia.

En la madurez del ocaso el Padre Restrepo sorprendió a sus amigos con una obra cuajada y rezumante de enseñanzas: "**Entre el tiempo y la eternidad**". Fué su testamento espiritual. Su prologista, el Dr. López de Mesa, lumbrera de esta Academia y de la ciencia colombiana, prologó la edición de Bogotá y el Padre D. Domínguez, profesor de filosofía en la Universidad de Comillas, prologó la edición de España en 1963.

Domínguez estudia al autor como filósofo científico, como apologeta muy personal y original que trae a la memoria las **Confesiones** de San Agustín y brinda la fórmula cristiana frente a las fórmulas del existencialismo y finalmente como escritor de rico y castizo vocabulario y de estilo terso, precioso, sencillamente elegante.

¿Cuál sería, según el comentarista español, el mensaje peculiar de esta obra, el aroma que de sus páginas se desprende?

—Ante todo, firmeza de convicciones frente a los sistemas o puestos, que él no desconoce;

—Luego la ingente y exquisita cultura de quien ha logrado, con labor muy personal, acendrar y aquilatar así su pensamiento;

—Y por último el perceptible y tonificante efluvio de paz y de placidez que respira el autor —entonces presunto moribundo— como sobrecogido por la Eterna Verdad que se avecina. Libro de quintaesencias, todo un acervo de saberes cristaliza y fructifica en esta poma exquisita, que tiene la bellaza de lo maduro y de lo crepuscular.

Por su parte, el Doctor López de Mesa, se pregunta, urgido quizás por la novedad del libro: "Dentro de cuál especie literaria cabe este documento? Decimos **divagación** del escrito que discurre con el inseguro "a mi me parece" sin fundamento ideológico abonable; **disertación** cuando opina con buen criterio acerca de alguna tesis meritoria; **ensayo** si el autor añade doctrina eminente al tema en que se ocupa; **tratado**, en fin, del asunto que ofrece estructura conceptual nueva o muy firme y armónica, como en las magnas producciones de los maestros. En el presente caso, yo diría que es un **discurso**, en la noble acepción que este título obtuvo en los siglos XVII y XVIII; una tesis preparada con nociones preliminares que la iluminen, enunciación exacta, razonamiento estricto y conclusiones genuinas, útiles al bien común; todo ello incorporado en ágil dicción profesoral, amena, sencilla, pulcra... Su cuerpo de verdades científicas, discursivamente presentado de memoria, sin dilaciones librescas, denuncian la reciedumbre del autor

en menesteres de cátedra y el buen ordenamiento mental que las ideas tienen en su espíritu”.

Ved aquí algunas de las manifestaciones que nos hace el Padre Restrepo: “Ya el sol se pone en occidente. Atrás queda la tierra, delante se abre el mar de la eternidad. Mi vida ha sido fecunda. Me encuentro rico en los momentos de emprender el viaje sin regreso. Las sombras de la tarde empiezan a cubrirme de melancolía, pero en el fondo del alma me siento feliz porque me fué dado conocer al Salvador y sé que en pos de El resucitaré en el último día”.

### **En acto de servicio**

Así, con esta majestad de ocaso, con esta serenidad de tarde en la llanura infinita, va llegando el Padre Félix Restrepo a la hora del tránsito. Pero el presentimiento de la partida no lo inmovilizó para la acción. Y esta Academia, en particular, le mereció las últimas preocupaciones.

No creo que sea frivolidad acudir a un poema pagano para ennoblecere la muerte de este hombre de Cristo.

En las postrimerías del libro V de la Eneida, Virgilio relata la muerte repentina de Palinuro, el piloto de la escuadra y de la nave en que por mares procelosos viajaba Eneas, el predestinado, rumbo a las costas de Italia en donde asentaría los fundamentos de Roma con su ingente mole de imperiales designios.

Pero los dioses enemis de confabulan y maquinan contra la nave y su piloto. Entonces el Sueño leve, deslizado de los astros etéreos, moja un ramo en rocío leteo, soporificado en las aguas de la laguna estigia y lo sacude invisiblemente sobre los párpados de Palinuro, insomne y velador. Se niega el piloto al sopor insinuante y sigue en su puesto de mando, las manos aferradas al gobernalle y los ojos en las fieles estrellas, amigas de los marineros. Prevaleció por fin el Sueño indócil e inopinado. Y súbito el dios colérico arranca de su puesto al piloto y lo precipita a la inquietud asidua del mar.

Félix Restrepo, como el piloto de los maravillosos exámetros virgilianos, se mantuvo en su puesto de servicio hasta el minuto postrero, las manos en la rueda del volante y los ojos en los altos luceros que le iluminaron la vida: Dios, la Iglesia, Colombia, la universal castellanía. Solo que en este caso no lo arrojaron las fuerzas coléricas de los dioses malignos. Simplemente, lo llamaban de la Casa del Padre, que tiene muchas mansiones. Horas antes de morir, el Padre Restrepo decía a una de sus hermanas:

—Aquí estoy, en el aeropuerto, esperando que me llamen por mi nombre para pasar a bordo.

Poco después lo llamó Dios, el mismo que le alegró la juventud y le confió un mensaje de valores eternos negociados con la industria del siervo bueno y fiel.

Y él emprendió sin dilaciones el viaje de que no se regresa.

Era el 16 de diciembre. Por los aires azules de la sabana flotaban va los villancicos de navidad. Félix Restrepo nació para lo celes-

*Padre Carlos E. Mesa, C.M.F.*

te y lo divino cuando en la conmemoración de la liturgia el Verbo Eterno de Dios se aprestaba a nacer entre nosotros, caminantes del tiempo y de la tierra.

Murió en acto de servicio. Murió en olor de buena fama, en plenitud de hacienda y de gloria. Pasó a bordo y ahora mismo sigue volando, volando, para ocupar la altura que se granjeó con su vida y con sus obras, en el cielo de Dios, en la memoria de los hombres, en los más bellos anales de la Iglesia y de la patria.